

HOMENAJE AL DR. PATRICIO SANCHEZ REYES
Abril 16, 1999, Sala Abate Molina

No sería capaz de hacer propiamente un discurso sobre un compañero y amigo de toda una vida. Pero creo que estoy obligado a traer ante ustedes algo de lo que recibí de él.

Conocí a Patricio cuando cursaba los últimos años de Medicina y llegó a trabajar a un laboratorio en estado embrionario.

Era extremadamente meticuloso y trabajaba en cosas entonces insólitas con ineludible persistencia. Las estrellas de mar y las colecciones de hermosos esqueletos radiados. Las Planarias y la regeneración. Esto ocurría en una Escuela de Medicina y en un tiempo en que lo más que nos alejábamos en la Sistemática era para llegar a los Anfibios o Aves de Fisiología. Nuestro horizonte se cerraba en los Vertebrados, y esta nueva intensa y prolija actividad nos parecía insólita.

Así como desafiaba toda convención en sus temas de interés y de investigación, lo hacía también en su régimen de vida de estudiante. Para nosotros era obvio que era un hombre brillante y que nos era muy necesario, pero no había manera de inducirlo a recibirse de médico, paso indispensable para que pudiera gozar de una beca que ya le estaba concedida. Pero que le exigía la entrada en un régimen de convenciones, exámenes, recuperación de cursos que a él no le resultaba natural. Así fuimos aprendiendo que su modo digno y afable escondía un carácter profundamente original.

Muy pocos días antes de su muerte, tuve con él una larga conversación, en la cual, además de cosas personales, emergieron recuerdos comunes, enhebrados de una manera peculiar. Creo que una parte de sus palabras estaba dirigida a todos ustedes, y por eso las recuerdo aquí.

Este hombre a quien la universidad le debió tanto, gastaba parte de sus últimos alientos en decirme lo agradecido que estaba él de la universidad, y eso por la inmensa confianza que le habían hecho allá en su juventud, cuando no tenía nada que mostrar. Recordaba a las autoridades de aquel tiempo y su acogida hacia lo que tal vez no comprendían cabalmente y hacía énfasis sobre esa confianza en las personas, en las personas jóvenes, como el mejor sello de la universidad. Se preciaba de haber correspondido a esa confianza trabajando intensamente y respetando desde su punto de vista los principios que inspiran a la universidad. No se sentía superior a esta obra colectiva la que sin embargo le ha debido tanto.

Esto era característico de la nobleza de Patricio. Se olvidaba de lo mucho que otros le debían para acordarse sólo de la deuda que él tenía. Fue un hombre magnánimo.

Hablamos largamente de lo que había realizado. Estaba consciente de que el laboratorio que él había creado partiendo de nada y con comienzos pintorescos, había llegado a ser el mejor centro en su género de América Latina. Pero lo que él recordaba, enumerándolos uno por uno con afecto, con respeto, con admiración, eran los hombres que se habían formado con él. Algunos que yo había olvidado. Incluso alguno que no lo quiso bien. Pero él no se acordaba de eso. Era típico de él. Una bondad capaz de comprender y de perdonar, tal vez sin darse cuenta de que era eso lo que estaba haciendo – perdonar- porque le salía en forma natural.

Estaba muy conciente de la gravedad de su estado, y al comentar juntos la cantidad de quehaceres, obligaciones o distracciones que asedian en esta época de la vida a un hombre, me dijo con inmensa seriedad que yo tenía que preocuparme de hacer sólo lo esencial, porque el tiempo pasa sin que uno se dé cuenta.

Esa fue la última, y sin duda para mí la más significativa de las muchas conversaciones que tuvimos. Durante muchos años, para infinidad de problemas yo recurría a hablar con él. Si se trataba de un problema científico era obvio el gusto que él tenía en abordarlo, y su juicio era penetrante. Si se trataba de algo de vida universitaria, su esfuerzo por entender cabalmente la situación, hacía que su opinión fuera siempre útil, que ella siempre mostrara algún aspecto que me había pasado inadvertido.

Cubría su vida con una capa de elegante reserva que yo sería incapaz de rasgar ahora al hablar de ese último encuentro. Sin embargo no creo estar violando su confianza al decir que una vez en la conversación, una sola vez, lo vi descolocado, sorprendido, y fue cuando le dije que para mí él había sido siempre ejemplar. Era tal vez demasiado modesto para imaginarse que fuera ejemplo para nadie. Y en verdad para mí lo era.

He querido traer principalmente el recuerdo de ese último encuentro en que ya con las ansias de la muerte fue sin embargo ejemplar otra vez. Ejemplar por su gratitud, por su profunda convicción de que su vida era un don. Ejemplar por su amor a su obra, incluso por el optimismo que no lo abandonaba, de poder hacer todavía un poco más. Ejemplar por su afecto a sus discípulos y alumnos que lo hacía – junto a su talento – un gran profesor universitario. Ejemplar por su deseo de transmitirme cabalmente una última experiencia, que lo mostraba de nuevo como un gran amigo. Ejemplar por su modestia de hombre refinado y sin gazmoñería, que creía que él no hacía más que lo que era normal hacer.

Con él ha muerto uno de los grandes profesores de su generación. Ha muerto un hombre admirable. Para mí se ha ido un pedazo de mi juventud. Es el testimonio

que he querido traer, no sólo como amigo, sino como rector, porque en esta casa en la que nos encontramos todos hemos recibido de regalo tanto de lo que hemos podido hacer. Y entre los regalos que ha tenido esta comunidad biológica, uno de los más valiosos ha sido la vida de Patricio Sánchez.